



Trabajo Final de Grado

La necesidad de conflicto generacional en la construcción de la identidad adolescente en el contexto de la hipermodernidad: el lugar de los padres y el rol del psicólogo

Estudiante: Paola Rivero

C.I.: 4.247.688-1

Tutor/a: Asist. Mag. Sandra Sena

Revisor/a: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan

Montevideo, octubre de 2019

Resumen

El presente trabajo tiene como propósito reflexionar sobre la importancia del conflicto generacional en el proceso de adquisición de la identidad adolescente, el lugar que desempeñan los padres en ésta y el rol del psicólogo, en el contexto actual de hipermodernidad.

Para esto se realizó una búsqueda de diferentes fuentes bibliográficas que dan cuenta de los procesos socio-culturales y subjetivos que inciden en la construcción de la identidad de los adolescentes, a la vez que se realiza un acercamiento a los procesos de desidealización y reordenamiento identificadorio, característicos de esta etapa, los cuales inciden notoriamente en el proceso de estructuración psíquica.

Conjuntamente se aborda la crisis parental, consecuencia de la ruptura del orden simbólico que vivencia la sociedad occidental, lo cual repercute en la dificultad para mantener lazos intergeneracionales y encontrar referentes claros con quien identificarse. Esto genera la falta de un otro que posibilite la tensión entre las partes, inhabilitando el conflicto generacional, y una creciente autonomía por parte del hijo.

Es importante, por lo tanto, que el psicólogo comprenda al adolescente y a sus padres como una totalidad estructurada, donde la dinámica es consecuencia de la interacción de los integrantes.

Palabras clave: Identidad Adolescente, Hipermodernidad, Conflicto Generacional, Parentalidad, Rol del Psicólogo.

Índice

Resumen.....	1
Introducción.....	3
1. Aproximaciones al concepto de adolescencia.....	4
1.1. Aproximación histórica.....	4
1.2. Aproximación socio-cultural.....	5
1.3. Aproximación al modelo de sociedad actual.....	6
2. Identidad.....	9
2.1. Introducción al concepto de identidad y su relación con la identificación.....	9
2.2. Los duelos en la construcción de la identidad adolescente.....	10
2.3. Proceso de historización y reestructuración psíquica.....	12
3. Conflicto Generacional.....	17
3.1. Importancia de la rebeldía y los desafíos para el conflicto generacional.....	18
3.2. Alteridad y autonomía en la confrontación.....	20
3.3. Los padres ante la confrontación.....	22
3.4. Padres en la Hipermodernidad.....	25
4. El rol del psicólogo.....	29
4.1. Demanda de la consulta.....	29
4.2. El trípode en el campo analítico.....	29
4.3. Importancia de la palabra.....	31
4.4. La resignificación y lo histórico.....	32
Consideraciones finales.....	35
Referencias bibliográficas.....	38

Introducción

La presente monografía forma parte del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología; Universidad de la República.

La misma tiene como objetivo realizar una revisión teórica, sistematizada y actualizada acerca de la noción de conflicto generacional y cómo opera en el proceso de construcción de la identidad adolescente. Se hará hincapié en la importancia de trabajar estos conceptos en el contexto actual socio-histórico de la hipermodernidad.

El trabajo se divide en cuatro capítulos: el primero centrado en la concepción de la adolescencia desde lo histórico-cultural; el segundo describe el proceso de construcción de la identidad adolescente; el tercero se centra en la necesidad del conflicto generacional para la constitución de dicha identidad y la importancia de los padres en el mismo; y el cuarto pretende reflexionar sobre el rol del psicólogo en la clínica adolescente.

El desarrollo de esta temática se encuadra en el marco conceptual del psicoanálisis, realizando un recorrido por los desarrollos teóricos de distintos autores que han trabajado cuestiones relacionadas a la adolescencia.

En la revisión bibliográfica se trabajan principalmente las nociones de Kancyper y Grassi y Córdova; sobre confrontación generacional, el trípode que conforman el adolescente, sus padres y el psicólogo (Kancyper, 2007), y sobre historización y resignificación (Grassi y Córdova, 2010).

La adolescencia como etapa vital acontece en la vida de todo sujeto, siendo un período en el cual se privilegia la configuración identitaria, y se desarrolla el conflicto generacional.

Es importante para el psicólogo conocer cómo se configura el conflicto generacional, sus particularidades y sus repercusiones en la subjetividad del adolescente. Considerar estos aspectos es fundamental a la hora de desplegar un abanico de estrategias terapéuticas que incluyan la conflictiva intrasubjetiva de éste y la relación intersubjetiva con los referentes parentales.

La adolescencia, etapa compleja, exige un trabajo psíquico importante tanto para el adolescente como para sus padres. En este sentido es necesario para el sujeto reorganizar distintos aspectos para conformar su identidad, la cual solo será posible a partir de la construcción de su historia y su palabra por fuera del discurso familiar. Asimismo los padres deben afrontar la reactivación y resignificación de su propia adolescencia, a la vez que reorganizar su lugar en la cambiante estructura familiar.

Aproximaciones al concepto de adolescencia

Se considera necesario destacar algunas nociones para comprender distintos procesos que confluyen en la construcción del concepto conocido como adolescencia.

Aproximación histórica

Según Amorín (2008), a través de la historia se ha tenido una visión poco considerada sobre los adolescentes, incluso cuando lejos se estaba de la conceptualización de adolescencia.

Los filósofos griegos detectaban algunos años de la vida, entre los 13 y 20, donde los jóvenes comenzaban un cambio marcado por la indisciplina, el cuestionamiento de la autoridad de los padres y la manifestación de deseos sexuales. Sin embargo, para Müller (2012), pensar en el surgimiento del fenómeno de la adolescencia no se puede desligar de pensar en Modernidad.

Dávila (2004), explica que el concepto de “adolescencia” como objeto de estudio en el campo de la psicología es bastante reciente, estando influenciada por los aportes que realizó Hall en 1904, responsable de la introducción del término en el ámbito científico, siendo el primero en formular una teoría sobre la misma al hacer un planteamiento de ésta como una etapa del desarrollo.

Luego de la 2ª Guerra Mundial, el fenómeno de la adolescencia comenzó a expandirse, surgiendo la “cultura adolescente”, en la cual hacen notorias sus diferencias con respecto del resto de la sociedad, rebelándose contra los adultos y cuestionando el orden establecido. A través de los medios masivos de comunicación se difundieron globalmente los primeros íconos adolescentes a través de la música y el cine, entre otros (Barrán, 2008; Grassi y Córdova, 2010).

Para Amorin (2008), la adolescencia deja de ser una etapa controversial para convertirse en una etapa con sus propias satisfacciones, glorificada socialmente, de la cual no se quiere salir, y que ha producido una transformación en cuanto a los límites cronológicos que la delimitan. En el siglo XXI “(...) la niñez acontece hasta los 8-9 años, en tanto la adolescencia se prolonga hasta el fin de la década de los 20” (p.122).

Aproximación socio-cultural

Desde una mirada socio-cultural diversos autores han conceptualizado y teorizado respecto a la adolescencia desde diferentes perspectivas.

Según Fernández y Varela (2012), “La adolescencia es una categoría definida en el curso de la historia en el contexto de cambios socio-culturales y económicos vinculados al capitalismo naciente” (p.295). Miller (2015), señala que la adolescencia es una construcción del espíritu de la época, donde día a día se crea la experiencia adolescente del mañana partiendo desde el ayer.

Amorín (2008), explica que etimológicamente “(...) el vocablo adolescencia, en tanto adjetivo y sustantivo, proviene del latín *adolescens*, participio presente de *adolescere*: crecer. Para los romanos: ir creciendo es irse convirtiendo en adulto” (p.121).

Barrionuevo (2010), plantea que el término *adolescencia* refiere al trabajo que debe realizar el sujeto, el cual implica una verdadera conmoción estructural, un reposicionamiento del sujeto en relación al otro familiar y social, que a su vez conlleva a un replanteo del sentimiento de sí y de la identidad del sujeto.

Viñar (2009), destaca en la adolescencia un pronunciado camino hacia la autonomía, la búsqueda de una forma de pensar propia y la necesidad de separación de los adultos de referencia.

Por su parte, López (2005), refiere que la adolescencia supone el abandono paulatino de grados de dependencia pasando a mayores grados de autonomía. Lo que implica, para Rubilar (2014), la necesidad de dicho proceso para el buen desarrollo adolescente, debido a que en medio de éste se construye su identidad.

Rother Hornstein et al. (2006), explica que la construcción de la identidad no es un estado a alcanzar, sino un proceso que se realiza durante toda la vida, el cual implica constantes construcciones y deconstrucciones en la búsqueda de un sí mismo. Este proceso es dinámico y se desarrolla en el interjuego de las transformaciones internas del sujeto y el contexto sociocultural en el que se encuentra. Por lo que, para Griffa y Moreno (2005) y López (2005), es fundamental en el desarrollo del adolescente que la sociedad lo reconozca como tal y lo integre.

Según Firpo (2015), lo que sucede en la sociedad repercute en la resignificación subjetiva del adolescente, debido a que el imaginario social forma parte de la subjetividad, actuando como organizador del sentido de los actos y regulando los límites entre lo permitido y lo no permitido, entre lo ilícito y lo no ilícito. Por ende, es la sociedad la que

otorga al adolescente las normas que posibilitan el orientarse y construir por sus propios medios nuevos vínculos de pertenencia social.

Lerner (2018), destaca el rol sustancial que tiene la sociedad en la constitución de la identidad, contemplando la idea de la intersubjetividad, y concibiendo ésta como condición para agenciarse de una subjetividad más rica .

Al respecto Cao (2013) plantea que no hay formas de representar, de pensar, de hacer y de sentir que no tengan sus raíces en el entramado social, en definitiva, los modos de representar están ligados íntimamente con la época social e histórica. Lo que crea de esta manera un imaginario adolescente nutrido de los ideales y valores de cada época.

Aproximación al modelo de sociedad actual

¿Por qué es importante referir al contexto socio-histórico en que se vive al hablar de adolescencia? Justamente porque éste será un determinante en el curso que tomará dicha etapa.

Por lo tanto, para analizar el proceso de construcción de la identidad en la adolescencia es necesario realizar primero una breve descripción de las principales características del paradigma dominante actual y de la organización social que postula.

Bauman (1999) y Lipovetsky y Charles (2006), refieren al término hipermodernidad para denominar el momento actual, la definen como la era de los líquidos, y como la era del vacío, respectivamente.

Para Bauman (2004), la actualidad es líquida porque implica la pérdida de aquello que representaba a lo estable y seguro, dando lugar a lo líquido que representa lo efímero e inestable.

Mientras Lipovetsky y Charles (2006) plantean el mundo hipermoderno como vacío, debido a que se han perdido las certezas ideológicas en favor de singularidades poco subjetivas, por ende, poco originales, poco creativas y poco reflexivas. No es valorada socialmente la estabilidad, ni el reforzamiento cultural. Por lo que, Di Segni Obiols (2004) afirma que los adolescentes en la actualidad rechazan un vínculo duradero con el otro.

Bauman (1999), refiere que en la actualidad los sujetos nunca parecen estar totalmente convencidos de haber actuado de la manera correcta, de haber conseguido lo que se habían propuesto, y eso conduce a nuevas elecciones e inseguridades.

En el mundo de la hipermodernidad líquida, la solidez de las cosas y de los vínculos humanos representan una amenaza; las relaciones humanas se han vuelto muy individualistas e inestables.

Klein (2006), plantea que al no existir el reconocimiento del otro como un igual, se esfuma cualquier posibilidad de intercambio, de interlocución, de valoración de las diferencias, de tolerancia, mucho menos de unión, de grupalidad y de asimilación de la diversidad social, económica y cultural.

Para Bauman (1999) y Lipovetsky y Charles (2006), otra característica que diferencia esta etapa de las anteriores es la ausencia de una proyección a futuro, en contrapartida con una tendencia al instante, o sea el individuo se observa a sí mismo sin los proyectos altruistas que definieron otras épocas.

Según Di Segni Obiols (2004), la elaboración de un proyecto personal de futuro está asociado con un sentimiento básico de confianza en que el mismo efectivamente podrá realizarse de alguna manera, lo que implica un determinado grado de optimismo en el futuro. Sin embargo, esto no se corresponde con la sociedad contemporánea, caracterizada por la caída de las utopías y la desconfianza en un porvenir mejor.

Como consecuencia de ello, expresa Klein (2006), lo que subyace ante todo esto es la idea de abandono. Se suplanta la idea de proyecto de vida por la de estrategia de supervivencia, tanto a nivel individual como social. “Sin posibilidad de concretar proyectos se anula el sentido de porvenir y de esperanza (...)” (p.92).

Bauman (2004), sostiene que actualmente las formas de producción de subjetividad y de relacionamiento no tienen solidez, señalando que un modo de pensar al adolescente actual es verlo enfrentado a la ausencia de garantes simbólicos.

La individualización concede a los adolescentes libertad de experimentación, pero también la responsabilidad de hacerse cargo de sus consecuencias. De este modo, quedan a la deriva, sin punto de anclaje, dichosos de su aparente libertad, aunque condenados a subsistir únicamente por sus propios medios.

Miller (2015), afirma que el saber antes era depositado en los adultos, como un objeto al cual se accedía por medio de la seducción, de la obediencia o de la exigencia. Pero, actualmente, las pautas y configuraciones no están determinadas, y no resultan evidentes “(...) hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen” (Bauman, 1999, p.13).

Como aseguran Perdomo y Rubén (2004), se debe tener en cuenta que las redes tradicionales de socialización -como la familia- han perdido en parte el poder estructurante de la identidad personal del adolescente, conviviendo y compitiendo con otros discursos y medios para la elaboración de dicha identidad personal y social. Por ende, la rapidez y fluidez con la que se dan las transformaciones no se corresponde con los tiempos que serían necesarios para elaborar psíquicamente dichos cambios, comprendiendo los

espacios familiares en la actualidad una producción muy precaria de recursos simbólicos, lo que genera lazos inestables y poca contención para los adolescentes, provocando que éstos se sientan perdidos y sin rumbo.

El gran Otro de referencia está fragmentado y en muchos casos ausente, razón por la cual el adolescente debe decidir e inventar sus opciones y sus formas de acción entre lo que está bien y lo que está mal.

Por consiguiente, si se sigue esta lógica discursiva, sólo se encuentra un lugar para el adolescente, el ser objeto de consumo. Lo cual repercute en que si el adolescente queda relegado al lugar de objeto, su palabra ya no tiene un lugar en el cual desplegarse. ¿Y cómo construir una identidad adolescente si se es percibido por la sociedad como objeto en lugar de sujeto?, ¿cómo lograr confrontar si no se logra tener la palabra?

Identidad

Introducción al concepto de identidad y su relación con la identificación

Se debe tener en cuenta que toda la serie de cambios que se gestan en el adolescente y los factores de la hipermodernidad que lo atraviesan y moldean, generan inestabilidad en el sujeto, quien ve transformado su rol en el núcleo familiar y en el entorno social en general. Este proceso demanda un trabajo de asimilación y reestructuración de su personalidad en todo sentido.

Aberastury & Knobel (1971), plantean que los cambios característicos al adolescente lo obligan a reestructurarse de forma permanente, tanto a nivel interno como externo, promoviendo en el sujeto la tramitación de una nueva identidad, aferrándose a su pasado, mientras de forma simultánea se proyecta hacia el futuro.

Como afirman Griffa y Moreno (2005), durante la adolescencia "(...) una de las tareas esenciales consiste en alcanzar una definición de sí mismo y una valoración personal" (p.48).

Flechner (2010), explica que el adolescente prueba diversos estilos y experimenta diferentes roles hasta sentirse identificado con alguien o con algo, aspecto que es de suma importancia en todas las etapas de la vida, pero que en la adolescencia en particular desempeña un papel crucial para la construcción de la personalidad.

Según Laplanche y Pontalis (1967), la identificación es un "(...) proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones" (p.184).

Para Erikson (1982), la identidad adolescente se desarrolla mediante la afirmación y el repudio selectivo de las identificaciones infantiles, y la manera en que el proceso social de la época identifica a los mismos. Por lo tanto, para que el adolescente logre conformar su personalidad debe existir una fusión progresiva entre las auto imágenes vividas en la infancia, recapituladas drásticamente en este período, e incorporar paulatinamente varios elementos como los mandatos, las defensas efectivas, las necesidades libidinales particulares, entre otras, que surgen de la adaptación recíproca de los paradigmas políticos y religiosos, de las capacidades individuales y de las cosmovisiones tecnológicas.

Los duelos en la construcción de la identidad adolescente

Según Griffo y Moreno (2005), uno de los aspectos inevitables de la adolescencia son los duelos, debido a que se deben modificar ataduras vinculadas a la estructura personal, abandonando determinados objetos internos que fueron necesarios hasta ese momento, dando lugar a otros, posibilitando así un proceso de separación.

Aberastury y Knobel (1971), postulan que parte fundamental de la adolescencia es la elaboración de tres duelos por los que se debe atravesar: el duelo por el cuerpo infantil; el duelo por la identidad y el rol infantil; y el duelo por los padres de la infancia. Éstos exigen al adolescente un importante esfuerzo psíquico, debido a que lo someten al proceso de construcción de su identidad.

Respecto al duelo por el cuerpo infantil, el adolescente asiste, luego de la pubertad, a una serie de modificaciones biológicas que le generan un sentimiento de impotencia frente a la concreción de estos cambios. Vivencia la pérdida de su cuerpo infantil con una mente todavía con tendencia a la infancia y un cuerpo encaminado a ser adulto inexorablemente.

El duelo por la identidad y el rol infantil se produce debido a que en la infancia la relación de dependencia es la situación lógica y natural del individuo, el infante acepta su relativa impotencia, lo que le lleva a aceptar la necesidad de que otros asuman ciertos aspectos de sus funciones yóicas, mientras que su propio yo se incrementa a través de los procesos de proyección-introyección que le permitirán identificaciones tendientes al incremento y plasmación definitiva de su personalidad.

El duelo por los padres de la infancia es uno de los mayores desafíos que se le presentan al adolescente, mediante el cual se produce un alejamiento de los referentes parentales, comenzando su proceso de individualización. Ya no son los padres todopoderosos que creía el infante, sino que se llenan de defectos, considerando el adolescente que no entienden su realidad actual, y buscando ser independiente de éstos. Comienza a concebirlos incluso como un estorbo en lo que respecta a sus nuevos ideales y deseos de autonomía y libertad.

Sin duda los autores tratan la relación con los padres como uno de los puntos cruciales del proceso de desarrollo adolescente.

La adolescencia se caracteriza, desde esta perspectiva, por la aparición de una doble crisis, aquella que transcurre en el mundo interno del sujeto y la que se desencadena a nivel vincular con otros significativos.

A nivel intrasubjetivo, el adolescente se enfrenta a la pérdida de las representaciones y afectos que una vez constituyeron su infancia, aquellos a partir de los cuales había construido su identidad infantil.

Para Firpo (2015), la elaboración de los duelos puede complicarse en la actualidad, debido a que los contextos familiares y socioculturales ofrecen lazos débiles de contención y soporte para el adolescente.

En contraposición a la concepción de duelo planteada por Aberastury y Knobel, Urribarri (1990) asegura que la dificultad proviene del énfasis que se le asigna a las pérdidas en el desarrollo adolescente, si bien considera que existen, no todas son vividas como duelos.

A diferencia de otros autores, que destacan lo trágico y lo doloroso de la pérdida, opta por posicionarse desde un sujeto que espera el cambio y puede disfrutar del progreso, aunque le resulte conflictivo. Si bien es cierto que al adolescente le cuesta dejar algunos aspectos infantiles, ansía este proceso de crecimiento y desarrollo, mucho más de lo que se apena por su pasado.

Para Urribarri (2015), el adolescente experimenta una serie de cambios sobre los cuales "(...) se basa, incluye y modifica el pasado infantil; por lo tanto, este pasado no se pierde y, consecuentemente, no hay motivos para el duelo" (p.84).

Varela (2000) adhiere a esta postura, expresando que definir la problemática adolescente por las pérdidas y los duelos de la infancia presenta una visión adultocéntrica y un posicionamiento pensado desde el lado del adulto parental, que define al adolescente por algo que ha dejado de ser, restando espacio a la consideración de su ser actual y su futuro devenir.

Di Segni Obiols (2004) cuestiona la existencia en la actualidad del desarrollo de los duelos que se suponían inherentes a la adolescencia. Parece no haber lugar para el duelo por el cuerpo de la infancia, porque el ideal al que todos -incluso los infantes- aspiran es el cuerpo adolescente. También así cuestiona la vigencia del duelo por los padres, los cuales considera no marcan una firme y clara diferencia respecto a sus hijos debido a que buscan ser amigos más que guías y no mantienen valores claros. Por último, no habría lugar para el duelo por la identidad infantil, porque los adolescentes actuales parecen no diferenciarse de los niños.

La autora sostiene que a partir de la "adolescentización" de la sociedad, esta etapa no es vivenciada como incómoda, sino como un estado casi ideal, donde prima lo espontáneo y poco responsable, prolongando los beneficios de la infancia pero con la libertad de los adultos.

Grassi y Córdova (2010), sostienen que los trabajos de duelo en la adolescencia requieren una conservación superadora, un proceso de resignificación respecto a los referentes simbólicos de la identidad. A su vez Kancyper (2007) remarca la importancia de que el adolescente tenga la posibilidad y el espacio para este proceso, logrando así significar su presente y asumir la construcción de su identidad.

Proceso de historización y reestructuración psíquica

Para Erikson (1982), la búsqueda de la identidad consiste en una línea continua que va desde la infancia hasta la adultez, en una configuración gradual que integra: las cualidades heredadas, las necesidades pulsionales, las habilidades y capacidades, las significaciones representativas, las defensas y sublimaciones eficaces, y los roles consistentes, que se establecen desde la infancia mediante sucesivas síntesis del yo.

El autor plantea que *identidad* refiere a la posibilidad de generar un continuum existencial que caracteriza al individuo más allá de los cambios que ocurren en el tiempo, y más allá de los diferentes roles que desempeña en su vida, preservando las características esenciales.

Amorín (2010), asegura que la sensación de un continuum existencial sin rupturas se encuentra asociado a la necesidad del sujeto de sentir que se encuentra en una cotidianeidad medianamente estable, lo cual le brinda seguridad y tranquilidad.

Sin embargo, durante la adolescencia la reelaboración del psiquismo hace tambalear la idea que tienen los sujetos sobre su identidad. “Esto que nos pasa muchas veces en la vida exige de parte del psiquismo el tránsito por un proceso de elaboración” (Amorín, 2008, p.59). El trabajo de elaboración y reelaboración implica que la energía se moviliza para desinvertir, invertir y reinvertir nuevos objetos internos.

Urribarri (2015), plantea que el aparato psíquico del adolescente se encuentra confrontando la compleja y continua tarea de lograr dar cuenta de todo lo nuevo que está emergiendo. Este trabajo de elaboración psíquica concierne a cada una de las estructuras y a su interjuego, así como a la relación del adolescente con su entorno y la sociedad. Es así que la identidad se define en su carácter dialógico y posicional, como un proceso que conlleva resignificaciones permanentes.

Las elaboraciones psíquicas que experimenta el sujeto producen un profundo trabajo de historización, de construcción y reconstrucción sobre lo vivido. El período adolescente constituye así un proceso de reelaboración identificatoria entre lo heredado y lo nuevo, entre un tiempo anterior y un tiempo actual.

Para Aulagnier (1991), las tareas reorganizadoras propias de la adolescencia tienen un rol determinante, la correlación entre los principios de permanencia y de cambio, lo cual rige el funcionamiento identificadorio. Así, las transformaciones identificadorias -que demandan estabilidad de los modos de repensarse a través del tiempo- deberán tener al menos la posibilidad de conservar algunos de los soportes identificadorios primarios ligados al investimento del fondo de memoria.

El investimento de fondo de memoria constituye una operación de ligadura en el conjunto de representaciones psíquicas significativas en la vida del sujeto, las cuales le permiten la continuidad temporal e identificadoria necesaria para transitar los cambios característicos de la adolescencia. Trabajo de poner en memoria y en historia, gracias al cual un tiempo pasado puede continuar existiendo psíquicamente en y por esta autobiografía, obra de un yo que solo puede ser y devenir prosiguiendo del principio al fin de su existencia.

Este fondo de memoria tiene dos funciones específicas: en primer lugar, garantizar al sujeto un registro de identificaciones, proporcionando continuidad al yo, y un lugar en el sistema de parentesco y en el orden genealógico; y en segundo lugar, le provee un capital fantasmático, el cual consiste en una serie de representaciones que se fijan como inscripciones psíquicas y se construyen a partir del encuentro con el otro.

En la adolescencia se interrogan y resignifican las significaciones identitarias históricamente heredadas e instituidas, requiriendo así a una reelaboración singular respecto de las formas de representarse a través del tiempo. Por lo que construir(se) un pasado, permite desde el presente configurar un proyecto futuro que no supone la simple reedición lineal de un tiempo pasado, sino que incluye la posibilidad de resignificar lo heredado instituido y crear nuevos tipos de ligazones.

La autora presenta cómo se elabora aquello que se hereda de las generaciones precedentes, siendo dicha elaboración condición para que el sujeto se vuelva autor de su propia historia, impidiendo que pierda su coherencia o permanencia singular, mediante las modificaciones que sufrirá con el tiempo.

Aulagnier (1994) define el proyecto identificadorio como:

(...) los enunciados sucesivos por los cuales el sujeto define (para él y para los otros) su anhelo identificadorio, es decir su ideal. El “proyecto” es lo que en la escena de lo consciente, se manifiesta como efecto de mecanismos inconscientes propios de la identificación. (p.195)

En este sentido, este proyecto se relaciona con la cuestión de la temporalidad y el trabajo de historización. El sujeto deberá interpretar y crear un pasado para así poder modelar un futuro.

Grassi y Córdova (2010) agregan que este trabajo de historización por parte del adolescente, se trata de un pasaje de firma, del yo infantil, marcado por los padres, a la construcción de la propia biografía. “La producción de subjetividad es la acción de dar sentido, de significar, de dar un sentido personal, con su propia firma a un proceso de metabolización” (p.20).

Por esto Aulagnier (1991), comprende la adolescencia como un tiempo donde se privilegian las tareas reorganizadoras, ubicando como rol determinante al trabajo de poner en historia y en memoria un tiempo pasado, dando lugar a la creación de la propia historia como elaboración psíquica original e inédita del adolescente por fuera del discurso de los padres. En esta etapa se genera un cambio en relación a la autoría de la propia biografía, donde ocurrirá un giro en cuanto a la dependencia del discurso parental.

Para Grassi y Córdova (2010), este desorden propone un nuevo orden, que produce al mismo tiempo transformaciones en la subjetividad. La “(...) reorganización implica que un orden es cambiado, transformado por reacomodamientos, por reordenamientos, por *des-orden* de lo existente. La incorporación de nuevos elementos des-ordena lo establecido dando lugar a organizaciones *neo*” (p.29).

Lo que se debe imponer como saludable en la adolescencia es el desorden, para que el sujeto pueda incorporar los distintos cambios que atraviesa, como en los vínculos con su entorno, teniendo en cuenta su historia con las generaciones precedentes, para poder inscribir lo nuevo.

Este proceso de historización familiar, denominado investigación genealógica, a partir de la cual el sujeto puede conocer la historia de su nacimiento y de sus antecesores, es inherente a la construcción de la identidad adolescente.

El sujeto recibe el legado de su familia: historia, creencias, mitos, hábitos, formas de ser, de observar la vida, fantasías, acontecimientos, entre otros; pero para que se produzca un desarrollo saludable debe existir un proceso de metabolización de lo heredado, donde el adolescente pueda construir la historia de su pasado y las causas que lo hacen ser, como necesario para la proyección y construcción de su eventual futuro.

“En la adolescencia la investigación está al servicio del proyecto identificador, se produce una autoconstrucción continua del yo por el yo.” (Grassi y Córdova, 2010, p.71). El yo es el constructor de su propia historia, pudiendo el sujeto modificar algo de su propia historia, es un momento de creación, de impronta personal ante los ideales parentales.

De esta manera el adolescente trabaja para metabolizar tres aspectos: lo intrasubjetivo, que son los cambios corporales y las vicisitudes de la historia personal; lo intersubjetivo, que hace referencia al intercambio vincular que se establece entre padres e hijos, entre hermanos y entre pares, o sea el intercambio con otros; y lo transgeneracional, que refiere al lazo de unión con la cadena generacional, conjuntamente de lo social.

En este sentido, para Grassi y Córdova (2010):

Está claro que los procesos adolescentes llevan a una batalla para lograr (auto) afirmaciones mediante (pseudos) actos que no obstante tienen el valor de ensayos. Pero, como en el teatro y otros espacios, el ensayo es y origina, deja sus marcas, verdaderas inscripciones en busca de esa combinatoria única que personaliza y empuja a apropiarse del nombre. (p.21)

A su vez Aulagnier (1991) aclara que la organización del espacio identificador también incluye una etapa de entrada a la edad adulta, donde la singularidad en la historia y el deseo se desarrollará en el espacio relacional, es decir, en el encuentro con los otros.

Grassi y Córdova (2010) agregan que la realización de un proyecto identificador se desarrolla desde una posición mayoritariamente lúdica, activa y gozosa de realización del yo, que es particular e individual del sujeto y a su vez se genera también de manera colectiva, debido a que incluye la articulación con el otro social.

Sluzki (1996), plantea a la red social personal como el conjunto de personas significativas para el sujeto, aquellas que aparecen diferenciadas del resto de la masa de la sociedad en la que se encuentra. El fortalecimiento de la red social previene el aislamiento y posibilita un espacio de contención en el cual el sujeto puede encontrar un lugar de referencia.

Sin embargo Seewald (1999) expresa:

La vertiente narcisista fragilizada por factores que se volvieron prototípicos de estas últimas décadas, bloquean la constitución de una red de traslaciones indispensables para los necesarios investimentos y objetalizaciones. Esto es porque los valores e ideales en que cada uno debería poder confiar, que son propulsores y combustible para las pulsiones de vida se diluyen, y con esto también desfallece la imagen de sí mismo. (p.65)

Se puede plantear, teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, que en este momento de construcción y deconstrucción en la búsqueda de sí mismo, el deseo de una identidad es deseo de seguridad, principalmente si se considera un mundo en el que los

lugares de pertenencia se modifican y transforman constantemente en la lógica de la fluidez, dando lugar al miedo a la soledad y el abandono.

El adolescente entonces se rige por una lógica ambigua, entre la necesidad de la solidez y lo estable de la seguridad -lo que la identidad provee-, y el deseo de obtener y aprovechar las oportunidades fugaces que se presentan. De esta manera el sujeto se debate entre mantener las referencias que lo constituyen, y adaptarse a un mundo en movimiento.

Respecto al papel que juega el otro en la construcción de la identidad, Kancyper (2007) plantea que es tanto imprescindible como necesaria la presencia de los padres como ese otro que habilita la alteridad y posibilita la tensión, refiriendo a este proceso como *confrontación generacional*.

El autor asegura que si no se habilita esta confrontación, se estanca el proceso de identificaciones-desidentificaciones y reidentificaciones que se privilegia en esta etapa de la vida, y que permite al adolescente ir adquiriendo su propia identidad e individualidad.

Grassi y Córdova (2010) manifiestan que “Lo propio del sujeto en la adolescencia es crear sentidos que enriquezcan al yo, en un juego de identificaciones – desidentificaciones. La adolescencia transcurre en lúdica adquisición de nuevas identificaciones y cancelaciones de otras caducas, obsoletas” (p.20).

Conflicto Generacional

Viñar (2009) asegura que mientras la credulidad e inocencia respecto al saber de los adultos es lo que caracteriza la infancia, la duda sobre la validez de éste saber es lo que predomina en la adolescencia. El sujeto busca elaborar por sus propios medios su visión del mundo. Ese desbarrancamiento de la credulidad es lo que refleja el proceso de desprendimiento identificatorio de las figuras parentales.

(...) proceso necesario, ineludible, imprescindible, saludable, aunque el desgarrar no se hace sin ruido y sin dolor. Y si este desgarrar no se lleva a cabo, o si se vuelve calmo y anodino, si resulta beato y pacífico, si no hay dolores de parto, se paga con estupidez o en la patología psíquica a resolver con el psicoanalista o el psiquiatra. La calma no es de buen pronóstico. (p.20)

Blos (1979) refiere que el adolescente, en su progresivo desarrollo psíquico y cognitivo, comienza a perder la inocencia característica de la infancia y comienza una revisión más crítica de su entorno, empezando por una independización respecto a la identificación con las figuras parentales, aludiendo a la brecha generacional y a un fuerte acercamiento hacia sus pares en búsqueda de una construcción propia de la identidad. Plantea la confrontación como un hecho necesario tanto para el desarrollo cultural como para el adolescente.

Por lo cual para Kancyper (2007):

La confrontación generacional es un punto nodal, en el que confluyen las cuestiones más importantes y diversas; se trata, en realidad, de un tema complejo en todas las etapas de la vida - y fundamentalmente durante la fase de la adolescencia - para la adquisición y la plasmación de la identidad individual y social (...). (p.49)

Para Viñar (2009), el desprendimiento de los padres inicia un camino de progresiva autonomía, de individuación, que busca en definitiva la emancipación. El adolescente está predeterminado a sublevarse contra la verdad oficial del adulto, pidiendo nuevas respuestas, planteando nuevas interrogantes, desarrollando nuevas prácticas sociales y culturales, sacudiendo las raíces tradicionales.

A lo largo de la historia se puede ver este choque binario en permanente renovación generacional, observando cómo el surgimiento de algo nuevo entra en contradicción con la tradición, siendo fuente de cambio y progreso, motor de la historia. Se puede decir que la adolescencia tiene intrínsecamente un carácter revolucionario.

Viñar (2009) se pregunta qué es lo que alimenta dicho conflicto intergeneracional, el porqué de su permanencia en el tiempo, explicando que las razones son múltiples, pero todas giran en torno al mismo eje, sobre el surgimiento de algo nuevo que entra en contradicción con la tradición.

Por esto, para Klein (2002), la confrontación es un proceso diferenciador entre adultos y adolescentes, pero a la vez es un contrato que busca encontrar intermediación entre las partes, y donde el adulto debe sobrevivir a dicha confrontación sin abdicar.

Importancia de la rebeldía y los desafíos para el conflicto generacional

De Mello y Ponzoni (2013) plantean que el adolescente “(...) necesita vitalmente contraponerse, oponerse, medirse, desafiar, cuestionar lo que el otro le brinda” (p.3). Esto habilita un encuentro-desencuentro, por el que se hace posible la exploración de las posibilidades, los deseos y los límites.

Tanto Blos (1979), Winnicott (1971), como Di Segni Obiols (2004) refieren al hecho de que en este proceso de confrontación son inherentes los actos de rebeldía, de agresión, de choque y de rupturas, que se relacionan con el necesario desarrollo de la independencia e individuación adolescente.

Según Kancyper (2007):

El odio y la agresividad son dos emociones y mociones fundamentales que posibilitan la admisión del objeto como exterior a uno, y que operan, además, como condición necesaria para que se instale una tensión entre los opuestos, y así se despliegue el movimiento dialéctico de la discriminación y la oposición entre las generaciones. (p.50)

Schroeder (2004) expresa que la rebelión adolescente con su carga agresiva no se debe confundir con violencia, sino que la misma contribuye a una adecuada estructuración siempre y cuando no se aleje de la carga amorosa que caracteriza al vínculo con los padres.

Kancyper (2007) asegura que es esperable que en esta etapa se presenten obstáculos y se pierda el equilibrio hasta entonces obtenido, si esto no acontece se estarían presenciando “(...) severas contrainvestiduras y desmentidas que inhiben y hasta paralizan el inexorable acto de la confrontación generacional (...)” (p.24).

A través del desafío, se generan entre el adolescente y sus padres técnicas de desenganche y reenganche. Mediante el desafío, el movimiento de desenganche promueve

la autonomía del adolescente, a través de la aceptación por ambas partes de su mutua incompletud.

Kancyper (2007) refiere al “(...) desafío como inquietud, que quiebra el silencio de las verdades inmutables y al mismo tiempo que cuestiona lo establecido crea productos nuevos, lo denomino “desafío trófico”, pues está signado por la pulsión de vida” (p.36).

Mientras el “desafío tanático” se encuentra signado por la pulsión de muerte, que se efectúa mediante el reenganche compulsivo, manteniendo indefinidamente el adolescente una guerrilla con los padres que lo llevarán a una pseudoindividuación.

Lo importante en la confrontación es concebir la presencia del otro como una alteridad, en donde ambas partes admiten que ser oponentes no equivale a ser enemigo y posibilitando la confrontación generacional al estar inmersa en un campo dinámico de relación intersubjetiva.

Segun Kancyper (2007), en la confrontación generacional se crea entre los padres y el adolescente una estructura que denomina campo, el cual “(...) exige una disimetría radical entre la función parental y la filial. Pero tanto los padres como el hijo deben atravesar por diferentes y complejas elaboraciones psíquicas” (p.105). Este campo se compone de tres aspectos: el formal, el dinámico y el funcional.

- I. Un aspecto formal o regla de juego (la presencia de otro diferenciado que posibilita la tensión entre los opuestos).
- II. Un aspecto dinámico: la evolución de la relación paterno-filial y fraterna a medida que van emergiendo los diferentes cambios y conflictos inherentes a las distintas etapas evolutivas.
- III. Un aspecto funcional, en la medida en que su dinámica permite asumir la diferencia, el despliegue y la evolución del cotejo entre generaciones y hermanos. (Kancyper, 2007, p.86)

El campo dinámico se tornará disfuncional si el proceso de identidad se encuentra interceptado debido a la paralización o reemplazo de la confrontación generacional. Esto acontece cuando la finalidad de dicha confrontación -la cual es la asunción de una creciente diferencia, semejanza y complementariedad entre las diferentes partes- es relegada a un segundo plano, lo que sucede cuando se instaura un desafío tanático que producirá una pseudoindividuación.

Alteridad y autonomía en la confrontación

Kancyper (2007) explica que la adolescencia implica importantes cambios en los vínculos, principalmente con lo que refiere a las figuras parentales, debido a que los mismos pasan a ocupar un lugar diferente para el adolescente y viceversa, planteando así el surgimiento de la confrontación generacional.

Para que se pueda acceder a la confrontación, previamente se requiere que las partes acepten la alteridad y semejanzas de los integrantes, conjuntamente con la elaboración de los correspondientes duelos en lo que respecta a lo narcisista, edípico y fraterno.

El desprendimiento de los padres es tanto necesario como angustiante, pudiendo incluso llegar a negarse cuando en el vínculo con el otro se niega la alteridad, donde el otro no es percibido como diferente ni separado. “En estos vínculos, la alteridad y la mismidad quedan total o parcialmente desmentidos con el objeto de garantizar la omnipotencia y la inmortalidad de los progenitores y la cohesión del medio familiar” (Kancyper, 2007, p.50). En consecuencia, cuando se asiste a la falta de ese otro discriminado, se está frente a la denegación del enfrentamiento y confrontación intergeneracional, debido a que nadie puede confrontar con un otro en ausencia.

La existencia de espacios de confrontación permite al adolescente construir su alteridad, la capacidad de ser otro, posibilitando de esta manera el desarrollo y el devenir de la vida subjetiva, preservando de esta forma al sujeto de eventuales alienaciones. Cuando falla esta relación con los adultos que deben operar como referentes confiables, se asiste por parte del adolescente a la carencia de significados y de límites, lo cual provoca sufrimiento y vacío.

La confrontación al adulto por parte del adolescente es motivo de ansiedades y angustias para ambos, pero a pesar de esto, a partir del descorrimiento de verdades históricamente incuestionables y de las visiones ingenuas que obturan el desarrollo, se tornan fructuosas oportunidades para que el sujeto adolescente sea autor y protagonista de su propia historia.

Pero, como plantea Viñar (2009), si bien cuando se trata el tema de la adolescencia uno de los primeros aspectos que se trae a colación es el desprendimiento, aclara que ésta no es tarea fácil, debido a que pensar de forma autónoma es una tarea compleja a cualquier edad, pero sobre todo en la adolescencia, etapa en la que comienza su desarrollo.

Kancyper (2007) se basa en el modelo hegeliano para postular que no hay síntesis sin antítesis. Por ende, para lograr acceder a un nuevo nivel de autonomía el adolescente

debe abandonar ciertos modelos de identificaciones que le proveían sus referentes parentales, siendo el proceso que se debe transitar: tesis, antítesis y síntesis.

El adolescente rechaza la tesis parental para lograr un proceso de separación, que lo despoja de lo que hasta ese momento había sido su objeto, produciendo así la antítesis. Abandonados los modelos que antes eran admirados y nunca cuestionados, a través del reordenamiento identificador se accederá a la síntesis, un nuevo producto, consecuencia de la confrontación.

Según plantea Blos (1979), la resolución del conflicto permitirá una nueva autonomía y diferenciación psíquica, lo cual es importante tanto para el crecimiento del *self* como de la civilización.

Kancyper (2007) menciona:

La idea de creatividad primaria subyace en muchos de los desarrollos de Winnicott, en particular el *self* verdadero, el sentido de la realidad propia y de un vivir creativo con el que relaciona la autenticidad, es decir, un conocimiento personal de la realidad en oposición a un conocimiento “convencional”, que implica sometimiento y falsedad. (p.47)

Por ende, para lograr el desarrollo de una auténtica creatividad debe de existir una auténtica confrontación que posibilite la ruptura de lo concebido hasta el momento, a través de la ruptura generacional. El adolescente como creador posee el derecho de estar junto al otro y ser diferente, defendiendo su autonomía y su derecho a la divergencia.

Para Kancyper (2007), “El ejercicio de la libertad y el ejercicio de la confrontación que posibilita una vida creativa requieren un constante proceso de liberación de las amarras ominosas del superyó y de los obstáculos que provienen del medio ambiental y social” (p.56). En este sentido, Grassi y Córdova (2010) señalan que el grupo familiar debe ceder lugar desde su supremacía a la creación de otros grupos y espejos para el adolescente.

Jersild (1968), plantea que es esperable que en el adolescente se produzca un alejamiento de los referentes parentales, a la vez que comienzan a prevalecer las opiniones del grupo de pares. Estas actitudes muchas veces lastiman a los padres, llegando incluso a creer que el adolescente las realiza con el fin de herirlos. Pero en lugar de sentirse agredidos, los adultos deberían valorar todas estas experiencias como parte del crecimiento sano de los adolescentes.

Klein (2002) señala que aunque en la adolescencia los grupos de pares cobran una nueva impronta, el rol que desempeñan los adultos es vital debido a la importancia de la confrontación para la elaboración psíquica del adolescente y el logro de la madurez.

Los padres ante la confrontación

Winnicott (1971) asegura que los adolescentes salen de la infancia de forma torpe, alejándose de la dependencia y encaminándose hacia su condición de adultos, pero necesitan de un ambiente facilitador que ayude en este crecimiento, por lo tanto es necesario que los padres estén presentes para contener este proceso, preservando la inmadurez de los adolescentes, característica de este período.

Según Kancyper (2007), para los padres también es una etapa de duelos y elaboraciones psíquicas complejas, a través de la reactivación y resignificación de su propia adolescencia. En esta etapa los padres deben resignar sus deseos narcisistas de inmortalidad y de incompletud que han investido en sus hijos, "(...) las fantasías de fabricación y moldeado del otro a su imagen y semejanza, para ejercer sobre él un poder omnímodo y omnisciente" (p.51).

Los referentes parentales tienen una tarea difícil, debido a que no sólo deben acompañar al adolescente a través de esta etapa, sino también reinventar su lugar, lo cual se vuelve necesario para la reorganización familiar.

La adaptación a la nueva identidad del adolescente y la declinación de las funciones anteriores por parte de los padres genera resistencias en ambas partes, acompañadas por situaciones de conflicto. A su vez, muchas veces la adolescencia coincide con la crisis de mitad de la vida de los referentes parentales, lo cual complejiza aún más las relaciones, por lo que según como cada uno atraviese sus respectivos duelos, y sus propios procesos, será la forma en que convivirán ambas generaciones. El hecho de aceptar el crecimiento y proceso de independencia de los hijos implica poder desprenderse de la imagen de hijo-infante y progresar hacia una relación con el hijo-adulto. (Aberastury y Knobel, 1971; Munist, Suárez, Krauskopf, y Silber, 2007; Le Breton, 2003; Perdomo, 1996; Pasqualini y Llorens, 2010).

Para Kancyper (2007), frente a la confrontación que motiva a los adolescentes, los padres pueden desarrollar diferentes características: "cucharita", hacedores-sobremurientes, "pendeviejos", autoritarios, blandos, padre-hermano, distraídos, y serviles.

El padre "cucharita" se caracteriza por su no intervención en la dinámica familiar, donde se instaura un vínculo paterno-filial, impidiendo que el adolescente acceda a la adquisición de su identidad mediante la anulación de la necesaria confrontación.

Con los padres blandos se paraliza la tensión entre tesis y antítesis, por lo que el hijo en consecuencia no logra efectuar la síntesis, y se mantiene fundido con sus padres, paternalizándolos y ocupando el lugar de éstos.

Los padres “pendeviejos”, potenciados por la sociedad actual, promueven el culto a la imagen y actitud adolentizada, con el objetivo de desmentir la brecha generacional.

Esta reversión surge por el desvalimiento y la necesidad de los propios padres, que inducen precozmente al hijo a operar como soporte y rêverie de los progenitores, con la finalidad de poder garantizar la homeostasis de la dinámica familiar. Esta situación inviste al hijo de una elevada carga narcisista y masoquista de omnipotencia e idealización y promueve la hiperseveridad del superyó. (Kancyper, 2007, p.59)

Por ende, los padres blandos y los “pendeviejos” promueven que se revierta la demanda de independencia.

Los padres serviles se posicionan como los que todo lo pueden aguantar, para ellos “Cuanto más padecen, mejores padres son ante la imagen de sí mismos y de los otros (...)” (Kancyper, 2007, p.90). Se perciben como indignos de consideración y respeto, transformándose en servidores incondicionales, que otorgan al adolescente todos los privilegios sin tener que cumplir con ningún deber, moldeando a sus hijos como explotadores hogareños conscientes o inconscientes de esto.

Por su parte los padres distraídos conforman con el adolescente “(...) una alianza para no hablar, para no escuchar y para no ver. El mecanismo fundamental en este campo dinámico no es la indiferencia sino el ignorar como mecanismo activo” (Kancyper, 2007, p.90). Lo cual es vivenciado por el adolescente como desinterés por parte de sus éstos.

Tanto los padres serviles como los distraídos callan ante los hijos, pero con la diferencia que, mientras los padres serviles reemplazan la confrontación por la provocación -que maltrata a todos los integrantes mediante el desafío tanático-, los padres distraídos directamente anulan la confrontación.

Los padres hacedores-sobremurientes buscan solucionar cualquier tipo de conflicto que pueda surgir en la vida de sus hijos, ubicándose siempre en actitud de sacrificio, anulando la indispensable función de la angustia-señal-afecto, necesaria para percibir el peligro. “Esta angustia señal es un dispositivo puesto en acción del yo, como si fuera un órgano sensorial especializado en percibir las realidades externa e interna; esta función requiere ser ejercida y desarrollada por cada sujeto” (Kancyper, 2007, p.94). Pero este tipo de padres suele asumir dicha función, privando al adolescente de su desarrollo. Los padres sobremurientes:

Viven para salvarse mediante un permanente reaseguramiento para no sufrir. Pero pagan sus derechos a la existencia con una cuota constante de padecimiento: “*dolo ergo sum*”; prefieren la evitación de displacer a la búsqueda de placer, pero no cesan de sufrir. (Kancyper, 2007, p.95)

Estos padres desarrollan relaciones tanto tóxicas como adictivas con sus hijos, esclavizándose mutuamente a través de un nexo entre el poder ominoso y la angustia. No permiten el distanciamiento y ni autonomía, necesitando tenerlos como un otro espejular que refleje lo que consideran su obra, la cual buscan crear y moldear.

Como se puede apreciar, muchas veces los referentes no se encuentran preparados para abandonar el poder que poseen sobre sus hijos ante el crecimiento, lo cual sienten como una amenaza, incluso en condiciones severas, se instaura una lucha de provocaciones mutuas de carácter tanático, que pueden llegar a impedir el proceso de diferenciación e individuación por parte del adolescente.

Este tipo de relación evidencia el abuso de poder que pueden intentar ejercer los padres sobre sus hijos. La figura paterna otrora idealizada y omnipotente, pasa a ser cuestionada por el adolescente, y este desprendimiento es vivenciado con angustia por parte de los padres, asemejándolo a una derrota o pérdida de autoridad.

También existen padres para quienes un sin número de situaciones pueden ser toleradas, y otras que pueden ser ignoradas. Se tornan fraternas, estableciéndose un vínculo de padre-amigo con el adolescente, o incluso de competición, quedando los límites y los roles indefinidos, provocando que la zona de creación de un espacio psíquico propio del adolescente se encuentra en riesgo de poder asegurarse, debido a la negación de la necesaria confrontación (Kancyper, 2007; Klein, 2006; Di Segni Obiols, 2004; Oliva, 2006).

Es menester que todo adolescente inexorablemente atravesase la confrontación generacional, lo que lleva a los padres a perder su depositario, implicando una doble desestructuración narcisista. Por ende, para Kancyper (2007), “La confrontación generacional requiere ser tomada en una visión conjunta, producto de una relación intersubjetiva en la cual los padres y los hijos se definen los unos a los otros, involucrados en un campo dinámico” (p.83).

Para Aberastury y Knobel (1971), siendo la separación una condición necesaria y propia del desarrollo adolescente, la internalización de buenas imágenes parentales, afectivas y con roles bien definidos facilita el desprendimiento de éstos y el pasaje a la madurez.

Según Klein (2002), el adulto no debe pretender hacer responsable al adolescente, sino conservar la irresponsabilidad necesaria para que crezca, evitando así que la agresividad propia del crecimiento pase al acto.

Perdomo (1996) sintetiza el posicionamiento de los padres ante la eminente rebeldía del hijo, planteando que existen referentes que suelen reaccionar muchas veces reforzando su autoritarismo, mediante represión, abuso de poder o excesivas prohibiciones, mientras otras veces por el contrario reaccionan con una importante incapacidad para establecer límites. Cualquiera de las dos opciones resulta perjudicial en el conflicto adolescente de dependencia-independencia, debido a que ni una ni otra alternativa son modos de actuar que ayuden al desarrollo adolescente. Ser más autoritarios quizás provoque que los hijos se alejen y se rebelen aún más, y una falta absoluta de límites puede vivirse como desamparo y abandono, no proporcionando la contención y el encuadre que necesita el adolescente: "(...) la autoridad bien entendida, en cambio, implica al mismo tiempo respeto y colocación de límites" (p.82).

Padres en la Hipermodernidad

Según Perdomo y Rubén (2004), en la actualidad los padres están inmersos en la pérdida de certezas impuesta desde lo nuevo y desconocido, encontrando sumamente difícil cumplir con la necesaria función de referentes para la constitución de la identidad.

Viñar (2013), a su vez, percibe a los adultos en repliegue frente a una adolescencia que es admirada, inhibiendo de este modo el gesto de autoridad necesario para la confrontación generacional, lo que habilita a continuar reflexionando y cuestionando las posibles repercusiones que implican las nuevas realidades vinculares y subjetivas en el desarrollo adolescente.

Perdomo (1996) explica que muchas veces los referentes parentales proyectan sus frustraciones en los hijos, pudiendo pretender realizarse a través de éstos, lo que repercute en que traten de ubicarse en el lugar de referentes ideales, que ellos mismos no tuvieron, buscando que el hijo logre todo lo que no lograron, y/o tenga todo lo que no pudieron tener. Esto genera, según Guerra (2000), que en oposición a lo que sucedía en otras épocas, no se busca reprimir en absoluto a los hijos, sino que continuamente se intenta responder a sus necesidades y estar a su servicio.

Para Guerra (2004), una importante dificultad de la actualidad en torno a la función del referente parental es el rechazo social a su imagen como autoridad, existiendo una fuerte creencia en el poder de decisión del hijo. Los padres se encuentran presionados por

la sociedad para ser amigos de sus hijos, por lo cual poner límites y decir “no” les genera culpa y dudas.

Uno de los problemas parentales actuales gira en torno al lugar en dónde ubicarse respecto al hijo, debido a que les resulta conflictivo enfrentarlos mediante frustraciones y prohibiciones, porque temen que repercuta de forma negativa en su crecimiento.

Viñar (2013) refiere que la ausencia de un “no” justo, es un importante factor patógeno en los hijos, y describe a este estilo de referentes como “(...) padres permisivos en crisis con el principio de autoridad” (p.16).

López de Caiafa (2015), plantea que la frustración dosificada es imprescindible para el crecimiento psíquico. Por lo que Rotenberg (2014) destaca que el adulto debe poder hacer frente y sostener la confrontación con el hijo, y no ceder fácilmente ante sus demandas .

Viñar (2009), afirma que no es tan importante lo que un grupo etario piense al respecto del otro, sino la necesaria existencia de la confrontación, siendo la calidad de la controversia lo que importa para quienes intervienen. Plantea preocupación por “(...) la escasez de la controversia, la incapacidad o desistimiento del mundo adulto en fijar pautas, normas y límites (...)” (p.17). Los adultos se retiran de los espacios de confrontación, manifestándose en la imagen de padres amigos o fraternos, o en franca competencia con el adolescente.

Según Kancyper (2007), estos “(...) padres “adolescentizados” mantienen vínculos mezclados con sus hijos, que fluctúan entre la fraternización y la infantilización, y eclipsan, por ende, el despliegue de la confrontación generacional” (p.57).

Bleichmar (2008), asegura que la asimetría se trata de la función y no del poder, y la función del adulto es la de responsabilidad ante el adolescente. No se debe ejercer el autoritarismo, pero tampoco debe existir una simetría donde los que tienen que ser responsables no se hacen responsables.

Lacadée (2017) explica que como resultado de estas prácticas, existe una caída del saber, producto del declive de la función paterna. Anteriormente los adolescentes tomaban como referencia los ideales de otros, aunque sea para contradecirlos.

De Lajonquiere (2000) aporta que la palabra del adulto educa en la medida que marca y liga simbólicamente al adolescente con la cultura, con la comunidad, con la tradición. Sobre todo le da un lugar en la historia, lo humaniza, siendo simbólico, debido a que no lo va a marcar a imagen y semejanza.

Pero en la actualidad, con la “adolescentización” de la sociedad, parece que los adultos han renunciado al rol que les corresponde, repercutiendo en falta de referentes que

contengan, acompañen y transmitan valores, en la falta de un sostén simbólico para el adolescente. No son los hijos los que se identifican con sus padres, sino que son éstos quienes se identifican y se quieren parecer a sus hijos. Por lo que el adolescente está condenado a descifrar por sí mismo su historia sin el apoyo simbólico que le permitía poner su futuro en perspectiva. A su vez, los padres no cuentan con pautas claras, ni reglas compartidas con el resto de la sociedad sobre la crianza de los hijos, sino que deben improvisar, complejizando aún más su rol (Perdomo, 1996; Le Breton, 2003; Di Segni Obiols, 2004; Barrionuevo, 2010).

Según Seewald (1999), esta falta de certeza por parte de los padres en cuanto a su capacidad de brindar seguridad y sustento al adolescente, es vivenciada por el adulto con vergüenza y culpa, planteando la noción de deuda intergeneracional. Lo que se puede plantear repercute en la disminución de la posibilidad de los referentes para mantener una versión digna de sí mismos.

Respecto a esto Klein (2006) expresa que los padres:

Imposibilitados de cuidar al ser expoliados en tanto adultos, pierden el orgullo de sostener emocionalmente a su hijo y, cosa no menos importante, pasan a sufrir el impacto de la perplejidad de éste, que no sabe ya cómo estar orgulloso de su progenitor. (p.95)

Klein (2006), plantea que en la actualidad el patriarca no es un referente fuerte, tampoco se cree fuerte y cuando intenta demostrar firmeza puede no ser tomado en serio, debido al estado de fluidez e inseguridad que evidencia. Son padres agobiados por la incapacidad de funcionar como modelos para sus hijos.

Se complejiza entonces para los adolescentes encontrar su lugar como parte de la familia y la sociedad, debido a que los adultos no ofrecen una base sólida para una efectiva operación simbólica de continuidad, de integración, de porvenir, de seguridad presente y futura, con un fuerte lazo de unión entre el transmisor y el heredero. Por el contrario, se produce una ruptura en el vínculo entre la generación que se va y la que llega, entre la del pasado y la del futuro.

Le Breton (2003), afirma que la reconstrucción precaria de los sistemas simbólicos dificulta la transmisión de los valores sociales y culturales para los adolescentes, quienes se encuentran en proceso de construcción de su propio valor como individuos. La sociedad no ofrece al adolescente lineamientos claros, ni en la conducta que debe seguir ni en los elementos simbólicos ideológicos de los que debe servirse para elaborar su existencia, "(...)

la libertad es un valor para aquel que posee los medios simbólicos para usarla; en el caso contrario, genera miedo” (p.28).

La desaparición de la figura de autoridad con quien confrontar implica que no existe más otro para prohibir, pero tampoco para autorizar. Si no hay nada prohibido ni permitido, el adolescente se encuentra abandonado.

Winnicott (1971), expresa que si los adultos no se ubican en posición de presencia y confrontación el adolescente se convertirá en adulto de forma prematura, por lo que es importante no entregar al adolescente una responsabilidad que no le corresponde, se necesita de contención para poder lograr gradualmente la madurez.

Grassi y Córdova (2010), plantean que actualmente muchos adultos no pueden asumir simbólicamente la paternidad, recayendo este fracaso en los propios hijos, quienes deben sobrellevar esa falla, y a veces terminar siendo padres de sus propios padres.

Según Di Segni Obiols (2004), “Los adolescentes se ven obligados a ser padres de sí mismos, situación que les da más libertad pero para la que no cuentan con elementos suficientes” (p.77).

Klein (2006) y Guerra (2000) sostienen que los casos en que los padres quedan sometidos al hijo, le imponen la violencia de ser desalojado de su lugar en la cadena generacional, pilar de la estructuración psíquica, debido a que en vez de preocuparse por su propio desarrollo viven preocupados por el derrumbe o posible derrumbe de sus padres.

Cabe aclarar que, como señala Rotenberg (2014), hacer referencia a una función parental fallida, no es referir a “malos padres” o “malas personas”. Aunque amen a sus hijos no han podido desarrollar funciones parentales saludables, o sea, no cuentan con recursos propios para poder contener su propia angustia y, por lo tanto, evitar traspasarla a sus hijos.

El rol del psicólogo

Bajo esta tensión entre lo viejo y lo nuevo conceptualizada como Conflicto Generacional es que surgen algunas interrogantes fundamentales: ¿Qué puede aportar la clínica psicoanalítica para disminuir esta tensión interna y externa?, ¿puede y es conveniente que lo haga, o es mejor quizás que se manifieste libremente?, ¿de qué modos se expresan los adolescentes y cómo comunicarse con ellos?

Demanda de la consulta

Grinberg y Grinberg (1966), quienes han desarrollado aportes en relación al sentimiento de identidad en el encuadre analítico, consideran que uno de los principales motivos tanto a nivel consciente como inconsciente que tiene el sujeto para asistir a un análisis es la necesidad de consolidar su identidad.

Nin (2004), sostiene que lo primero a plantear es el tipo de demanda en juego, tener claro qué es lo que pide el adolescente, si es que pide algo, y también qué es lo que pide la familia. Asegura que las demandas parentales y el impacto de éstas en el adolescente constituyen un punto de partida que habitualmente sostiene el espacio analítico a construir.

Para Flesler (2007), sea que los padres vean en sus hijos alguna conducta que escape a lo que esperan de ellos, que perciban algún conflicto por el cual se los note realmente angustiados, o que les impida llevar adelante su vida con normalidad, el deseo de los padres configura en gran medida el motivo de la demanda.

En general los adolescentes no consultan por voluntad propia, siendo derivados a sugerencia de los padres o por alguna institución. Pero en este último caso la derivación institucional también está mediada por los padres, constituyendo este un aspecto realmente significativo, pues la demanda que manifiestan los padres muchas veces no coincide con la del propio adolescente.

En definitiva, será este último quien desplegará en el campo analítico su propia visión del conflicto, o bien un problema que en nada se relaciona con el que originó la derivación, o puede incluso contradecir con su propia demanda aquella que motivó la misma.

El trípede en el campo analítico

Kancyper (2007), refiere que si bien el análisis adolescente se sustenta sobre los fundamentos del método psicoanalítico, presenta la particularidad de la intervención de los

padres, intervención inherente a la situación de dependencia tanto económica, como social y emocional que presenta.

El psicólogo debe incluir en el campo analítico -a través de el trípode que constituyen el adolescente, los padres y él mismo-, las repercusiones de las fantasías inconscientes de los padres en la creación de fantasía inconsciente del campo. Esto complejiza el campo clínico, requiriendo por parte del psicólogo una mirada abarcativa, aspecto que guarda estrecha relación con el deseo de los padres que se vuelca sobre el hijo, al igual que sobre el curso y resultado del proceso analítico.

Según Kancyper (2007), “Los obstáculos en el proceso analítico suelen estar además determinados por la contribución activa de ciertas transferencias de los padres sobre la relación bipersonal, pudiendo llegar al extremo de poner en peligro la continuidad del tratamiento” (p.78).

Es menester que el psicólogo tenga en cuenta las transferencias parentales puestas en juego en gran medida a través de la demanda, no con el objetivo de silenciarlas o desestimarlas, sino para incluirlas en el proceso analítico y conjugarlas con las del propio adolescente. Puede suceder que ambas transferencias se enlacen, retroalimenten u opongán entre sí, pero sólo a través de la consideración de ambas podrán visibilizarse los efectos producidos sobre los contenidos del consultante.

No es un detalle menor el uso del término *consultante*, pues éste responde a que adquiere dicha categoría en tanto sea el portador de una demanda de la cual se apropie, aunque se encuentre ésta en contradicción o conforme a la demanda de los referentes parentales.

A través de esta estructura singular se resignifican situaciones vinculadas a lo narcisista, a lo fraterno y a lo edípico de cada uno de los padres que no han sido resueltas, lo que provocará reestructuraciones continuas que influyen en el proceso de análisis del adolescente.

Para un genuino proceso de lo resignificado será necesario tener una perspectiva conjunta del campo dinámico parento-filial. El psicólogo tiene, por lo tanto, la posibilidad dentro del campo analítico de incluir los nexos establecidos bidireccionalmente entre la conflictiva intrasubjetiva del adolescente y la relación intersubjetiva de los padres, lo que despliega un abanico de estrategias terapéuticas.

Es tarea del psicólogo desarmar el cautiverio narcisista en el que participan y padecen los adolescentes y sus padres, a través de entrevistas con los padres en conjunto con el adolescente o singularmente.

“Necesito aclarar que esta lectura psicoanalítica del rol parental y su abordaje terapéutico están al servicio de complementar y enriquecer la comprensión del campo transferencial-contratransferencial del analizado (...)” (Kancyper, 2007, p.76).

Las entrevistas con los referentes parentales no sustituyen de ninguna manera la terapia individual del adolescente, porque, aún siendo la relación intersubjetiva de éstos con sus padres un sistema dialéctico siempre en funcionamiento, se corre el riesgo de que el adolescente sea ubicado por el psicólogo, los padres, o él mismo en la posición de víctima pasiva, eludiendo su propia responsabilidad.

Rassial (1999), plantea que este proceso de separación y búsqueda de autonomía por parte del adolescente resulta difícil para los padres. Por lo tanto, ayudar a los pacientes adolescentes a transitar estos momentos, implicaría a su vez guiar a sus referentes parentales durante este recorrido.

Los padres deben encontrar un equilibrio entre el contener al hijo en estos tiempos de cambios, y, a su vez, posibilitar la separación, considerando al adolescente como futuro adulto y no como una parte de sí mismos. Sin duda este camino es arduo y la orientación del psicólogo hacia los padres será de gran apoyo, evitando así que le “suelten la mano” a su hijo de forma prematura y abrupta, y, a su vez, evitando que obstaculicen el proceso de separación.

Kancyper (2007), manifiesta que es tarea del psicólogo no generar ni secundar ningún tipo de alianza con el adolescente contra sus padres, o viceversa, debido a que éste “(...) requiere posicionarse en un lugar singular, para poder ejercer la función de un “aliado transitorio” del adolescente y de los padres del adolescente” (p.21). Transitorio como función tanto temporal como mediadora en el transcurso del proceso analítico, así como también como un aliado provisional. Transitorio como movimiento que propicia el cambio entre lo intrapsíquico e intersubjetivo.

Por ende, el psicólogo debe funcionar como un aliado transitorio en el plano intersubjetivo del adolescente y de sus padres, y no como cómplice, para que así padres e hijos logren a través de la confrontación generacional desarrollar la “gran batalla”.

Importancia de la palabra

En el desarrollo del trabajo se ha expresado la importancia que tiene la palabra en el adolescente, sobre todo para llevar adelante el conflicto generacional. En este apartado se buscará expresar la importancia de esa palabra en la consulta.

Amadeo (2015), plantea que en el marco de un análisis se busca propiciar la singularidad de quien habla, es necesario que el adolescente pueda comenzar a hablar, a hacerse preguntas. Las intervenciones del psicólogo tienen el fin de ordenar y direccionar al sujeto hacia la apertura de una pregunta, para que sea él quien pueda tomar la palabra y hacerse responsable de sí.

En el análisis, podrá el adolescente encontrar un significante propio en una época marcada por la inconsistencia del Otro. El psicoanálisis propone un espacio donde la palabra del sujeto es escuchada y respetada, buscando que el adolescente logre orientarse a partir de su propio discurso, es un acto de creación, del cual es responsable. “Dicho de otro modo, el adolescente puede hacer que su decir suplante al Otro que no existe” (Amadeo, 2015, p.100).

Ferreyra (2005), agrega que “(...) en el análisis estamos en un espacio (...) donde las palabras puedan resonar” (p.18). Lo cual alude a que el sujeto pueda escuchar lo que dice, que pueda reconocer sus palabras como propias.

Szapiro (2017), plantea que a través de la escucha clínica el sujeto comprende el valor de su palabra, lo cual habilita y posibilita un cambio a nivel subjetivo y lograr la resignificación. Lo importante, para Nin (2004), es el poder entender el discurso como un instrumento de la repetición y poder deconstruirlo junto al adolescente.

La resignificación y lo histórico

Kancyper (2007), plantea que el psicoanálisis es una de las disciplinas cuyo enfoque de la adolescencia no se centra tanto en el desarrollo sino en lo histórico, lo que involucra el uso de una temporalidad no lineal, compuesta de ensayos, logros y fracasos.

El adolescente se definirá según cómo reestructure su historia para volverla propia, o sea, cómo se resignifique. El psicólogo buscará trabajar la resignificación a través de lo histórico, lo que marca los acontecimientos singulares de cada sujeto, haciendo uso del desarrollo solo para tener referencias comparativas. Por ende:

Lo importante de nuestro trabajo clínico no es restituir el pasado ni buscarlo para revivirlo sino para reescribirlo en una diferente estructura (...) Lo revivido es fundamental pero no suficiente. Es el punto de partida pero no el punto de llegada, que es la reestructuración. (Kancyper, 2007, p.21)

Lo cual deriva en que el énfasis relativo al trabajo clínico con adolescentes debe sustraerse de restituir el pasado para que se reviva pasivamente, ofreciendo en cambio recursos con los cuales se resignifique y reescriba activamente parte de su historia.

Según Grassi y Córdova (2010), mediante el proceso de historización que lleva adelante el adolescente en busca de los puntos que le resultan conflictivos en la construcción de sí mismo, el psicólogo debe trabajar las investigaciones genealógicas. Este trabajo es necesario debido a que si el adolescente no logra historizar su pasado repetirá el drama familiar sin transformarlo.

Hornstein et al. (1991), plantea que la tarea analítica es posible gracias a la creación compartida que representa dicha experiencia. El psicólogo dispondrá de la técnica y con ésta prestará su oído, su cuerpo, su presencia, su capacidad de escucha y de observación, mientras en el adolescente estará la necesidad y el desafío de rescatar elementos muchas veces silenciados de su historia y exponerlos tanto al otro, como a sí mismo.

Grassi y Córdova (2010), expresan que cuando el secreto familiar organiza el objeto transgeneracional en torno a éste, genera la sensación de algo ominoso. Los autores manifiestan que:

Podemos decir que lo ominoso se define como el efecto persistente de un secreto por siempre incognoscible y devastador que causa estragos por provenir del seno de lo familiar, de lo conocido (...) Lo más familiar, la intimidad del hogar, se transforma en lo más extraño. (p.73)

Debe el psicólogo entonces trabajar con lo traumático del árbol genealógico precedente a la llegada del sujeto, correspondiente a lo que es tramitación y transmisión de los significantes que dejaron marca en dicha genealogía, como parte de la constitución adolescente.

Tisseron (1997), cuestiona el concepto de transmisión, porque surge el peligro de creer que algunos de los contenidos mentales se pueden transmitir como si fueran cosas, totalmente íntegras. Destaca lo que se presenta como influencias intergeneracionales, debido a que el receptor interpreta el mensaje.

Grassi y Córdova (2010), afirman que lo traumático que no ha sido elaborado por los antepasados podrá ser objeto de una nueva forma creadora en los sucesores, debido a que "(...) el objeto transgeneracional no conlleva en sí una "naturaleza patógena" y su carácter transformable es siempre una posibilidad de las generaciones venideras" (p.74).

Para Hornstein et al. (1991), la experiencia analítica ayudará en la creación de diferentes registros, implicando la creación por parte del adolescente de una renovada versión de su propia historia.

Según Kancyper (2007), para que no se bloquee el proceso creativo y desidentificador, el psicólogo debe poner en evidencia los resentimientos y remordimientos, tanto manifiestos como latentes, del adolescente que surgen como consecuencia de dichos procesos, generando en el sujeto el sentimiento de traición frente a los mandatos parentales, por la creación de algo nuevo y personal que se opone a la repetición.

Constituye la resignificación, por ende, un proceso que orientado a través de la interpretación permite al sujeto historizar, construir y reinventar un nuevo significado. De esta forma, aquello que en un momento dado era repetitivo, incomprensible y latente, a través de este proceso retorna en forma clara y manifiesta. La historia del adolescente se integra en forma (re)ordenada a su realidad psíquica y le permite a éste reescribir parte de aquel registro, integrando tanto nuevos como viejos elementos que hasta este momento no habían sido considerados.

Consideraciones finales

Cuando se habla de adolescencia es preciso tener en cuenta que es una construcción social y cultural, en la que sus resonancias no cesan de modificarse en subordinación a las transformaciones histórico-culturales.

En la coyuntura actual, en el contexto de la hipermodernidad en el mundo occidental, se asiste a una ruptura del orden simbólico, que consecuentemente deriva en una crisis a nivel de la parentalidad y en las formas de vinculación, dificultando a los sujetos el mantener los lazos intergeneracionales y el encontrar referentes claros con quién identificarse.

¿Cómo pretender una tarea de elaboración psíquica sin un “referente de sentido”? Es decir, una ideología y personas concretas que la representen, con quienes confrontar y dialogar. Si los adultos no presentan claramente estos elementos socio-culturales dadores de sentido, son los adolescentes quienes terminan directa y principalmente perjudicados.

Un ejemplo de esto se presenta en el conflicto generacional, donde es menester la presencia de un otro que habilite en el adolescente la posibilidad de establecer la tensión entre los opuestos, admitiendo que ser opuesto no es ser enemigo. Lo que genera cambios en la conexión interpersonal del adolescente, a la vez que se ponen en juego sus identificaciones y las resignificaciones de su historia, lo cual posibilita una creciente autonomía de éste respecto de sus padres, siendo el conflicto generacional un proceso esencial para la adquisición de la identidad adolescente.

Es muy importante que el sujeto tenga la posibilidad y el espacio de resignificar su pasado para significar así su presente y asumir la construcción de una identidad que está en pleno desarrollo.

Para poder enfrentarse con la caída del otro y rebelarse, el adolescente deberá diferenciarse en parte de éste, a partir de nuevas identificaciones que le permitan rearmar su identidad. Como asegura Sternbach (2006), “Para el adolescente se trata de desasirse de las propuestas identificatorias que le fueron asignadas, para pasar a plasmar un proyecto identificadorio que, apoyado en las coordenadas previas, podrá inventar nuevas alternativas a un yo abierto al devenir” (p.63).

El adolescente se encuentra, por lo tanto, armando sus ideas y sus opiniones para lograr ser un sujeto autónomo fuera del círculo parental y poder diferenciarse tomando cierta autoridad. Es por ello que esta etapa también afecta a los padres, quienes deberán permitir que sus hijos se separen para producirse a sí mismos como sujetos autónomos.

A medida que avanza la adolescencia, las relaciones y los estilos parentales deberán ir cambiando inevitablemente para ajustarse a los nuevos retos que supone esta

etapa, razón por la cual es importante el acompañamiento presencial por parte de los adultos, que priorice el diálogo, la transmisión de experiencias de vida, la confrontación de miradas, y un ida y vuelta que retroalimente el vínculo.

Se debe entender que ser un referente no pasa sólo por brindar información, sino por brindar herramientas para metabolizar la información, los problemas cotidianos, y los enigmas personales que se presentan.

A su vez, los padres también asisten a su propia resignificación, capítulos olvidados de sus relaciones con sus propios padres, que se reaniman a partir de la confrontación generacional con el adolescente. Esto genera que a algunos referentes les resulte más difícil ejercer la función parental, debido a sus propias experiencias en la adolescencia que no fueron resignificadas y reviven ante el hijo.

Como plantea Kancyper (2007), tanto el adolescente como sus padres deben ser entendidos como una totalidad estructurada, donde la dinámica es consecuencia de la interacción de los integrantes. Esto posibilita una mejor comprensión de los fenómenos progresivos y regresivos que se desarrollan mediante la confrontación generacional, tanto subjetiva como intersubjetivamente, y las repercusiones que esto acarrea en la estructuración-desestructuración en las instancias psíquicas de los integrantes.

El psicólogo requiere tener presente la inclusión en la situación bipersonal de una tercera variable; la repercusión de las transferencias masivas de los padres sobre la transferencia del adolescente y la contratransferencia del psicólogo, y cómo esto puede repercutir en el atascamiento del proceso.

La importancia de poder detenerse a reflexionar acerca de qué se mira y desde dónde se mira, implica conocer como psicólogos la posición que cada uno tiene en relación a la adolescencia y a ciertos fenómenos que actualmente se presentan en la clínica, habilitando el análisis de esta postura una mejor comprensión de la situación en el encuentro.

El poder comprender los referidos procesos posibilita una perspectiva que se aparta de la mirada negativa que se puede generar del adolescente, teniendo en cuenta que es un sujeto que se encuentra atravesando por diversas resignificaciones, y que necesita poder confrontar y separarse, como proceso sano y necesario para la construcción de su individuación e identidad.

Son esperables y saludables entonces los cambios y los conflictos que aparecen, por lo que no se debe tener una visión fatalista de las relaciones entre los adolescentes y sus padres. Si bien existen conflictos y dificultades, estas relaciones también suelen ser positivas y satisfactorias.

Como plantea Oliva (2006), aunque la llegada de la adolescencia genera perturbaciones en el seno familiar, las discusiones y enfrentamientos conviven con momentos de armonía y expresiones de afecto, y luego de atravesar la etapa de desequilibrio, la familia se reorganizará progresivamente configurando un nuevo patrón de relaciones entre los padres y el hijo en creciente autonomía.

Referencias bibliográficas

- Aberastury, A. y Knobel, M. (1971). *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Amadeo, D. (2015). *El adolescente actual: nociones clínicas*. Buenos Aires: UNSAM.
- Amorin, D. (2008). *Cuadernos de Psicología Evolutiva: Vol. 1. Apuntes para una posible psicología evolutiva*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Amorín, D. (2010). *Cuadernos de Psicología Evolutiva: Vol. 3. Investigar en Psicología Evolutiva*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis*, 13(3), 441-468.
- Aulagnier, P. (1994). *Un intérprete en busca de sentido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barrán, J. (2008). *Historia de la Sensibilidad en el Uruguay*. Montevideo: Banda Oriental.
- Barrionuevo, J. (2010). *Adolescencia y juventud*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Bauman, Z. (1999). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2004). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Bleichmar, S. (2008). *Violencia social, violencia escolar: de la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Buenos Aires: Noveduc.
- Blos, P. (1979). *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cao, M. (Noviembre, 2013). Bordes y desbordes adolescentes. En *I Coloquio Internacional sobre culturas adolescentes, subjetividades, contextos y debates actuales*. Buenos Aires. Recuperado de <https://www.sociedadescomplejas.org.ar/docs/CAO-Marcelo-Luis-Bordes-y-desbordes-adolescentes.pdf>
- Dávila, O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última década*, 12(21), 83-104.
- De Lajonquière, L. (2000). *Infancia e ilusión (psico)pedagógica: Escritos de psicoanálisis y educación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- De Mello, E., y Ponzoni, A. (Septiembre, 2013). Conductas de riesgo en las adolescencias. En *XXI Jornadas Uruguayas de Psicología*. Montevideo. Recuperado de <https://www.apuruguay.org/sites/default/files/conductas-de-riesgo-en-las-adolescencias-de-mello-ponzoni.pdf>
- Di Segni de Obiols, S. (2004). *Adultos en crisis. Jóvenes a la deriva*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

- Erikson, E. (1982). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Fernández, M., y Varela, J. (2012). Adolescencia, Hipernormatividad y Síntomas actuales. En *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XIX Jornadas de Investigación, VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Psicología.
- Ferreira, N. (2005). *La dimensión clínica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Kliné.
- Firpo, S. (2015). *La construcción subjetiva y social de los adolescentes: Vigencia del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Flechner, S. (2010). *Psicoanálisis y Adolescencia. Dos temporalidades que se interpelean*. Buenos Aires: Psicolibro.
- Flesler, A. (2007). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Buenos Aires: Paidós.
- Grassi, A. y Córdova, N. (2010). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales: Psicoanálisis e interdisciplina*. Buenos Aires: Entreideas.
- Griffa, M. y Moreno, J. (2005). *Claves para una Psicología del Desarrollo: Vol. 2. Adolescencia, Adultez, Vejez*. Buenos Aires: Lugar.
- Grinberg, L. y Grinberg, R. (1966). La adquisición del sentimiento de identidad en el proceso analítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 8(3), 247-254.
- Guerra, V. (2000). Sobre los vínculos padres-hijo en el fin del siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 91, 138-159.
- Guerra, V. (2004). Cambios en la paternidad: reflexiones sobre algunos efectos en el psiquismo del niño hoy. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 6(4), 29-42.
- Hornstein, L., Aulagnier, P., Pelento, M., Green, A., Rother Hornstein, M., Bianchi, H., ...Bosser, E. (1991). *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Jersild, A. (1968). *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Aguilar.
- Kancyper, L. (2007). *Adolescencia: el fin de la ingenuidad*. Buenos Aires: Lumen.
- Klein, A. (2002). *Imágenes psicoanalíticas y sociales del adolescente. Condiciones de surgimiento de la adolescencia en la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante en la posmodernidad*. Montevideo: Psicolibros.
- Klein, A. (2006). *Adolescentes sin adolescencia: Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Montevideo: Psicolibros.
- Lacadée, P. (2017). *Los sufrimientos modernos del adolescente*. Buenos Aires: UNSAM.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1967). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.

- Le Breton, D. (2003). *Adolescencia bajo riesgo*. Montevideo: Trilce.
- Lerner, H. (2018). Adolescencias: identidades agitadas. El tránsito adolescente y las conmociones subjetivas. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 22, 80-106.
- Lipovetsky, G. y Charles, S. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- López de Caiafa, C. (Mayo, 2015). Efectos de las transformaciones familiares en el ámbito educativo. En *V Coloquio Emergencia Social Psicoanálisis y Parentalidades*, Montevideo. Recuperado de <https://www.apuruguay.org/sites/default/files/C-Caiafa-V-Coloquio-Emergencia-Social.pdf>
- López, A. (Agosto, 2005). Consideraciones conceptuales. En *Encuentro Universitario: Salud, género, derechos sexuales y derechos reproductivos. Adolescentes y sexualidad: significados, discursos y acciones en Uruguay. Un estudio retrospectivo (1995 -2004)*. Montevideo.
- Miller, J. (2016). En dirección a la adolescencia. *El Psicoanálisis: Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, 28. Recuperado de <http://elpsicoanalisis.elp.org.es/numero-28/en-direccion-a-la-adolescencia/>
- Müller, E. (2012). Adolescencia prolongada: Nuevas temporalidades. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 11, 1-4.
- Munist, M., Suárez, E., Krauskopf, D., y Silber, T. (2007). *Adolescencia y Resiliencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Nin, A. (2004). Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 99, 153-168.
- Oliva, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37(3), 209–223.
- Pasqualini, D., y Llorens, A. (2010). *Salud y bienestar de adolescentes y jóvenes: Una mirada integral*. Buenos Aires: Organización Panamericana de la Salud.
- Perdomo, R. (1996). *Enfoques con adolescentes*. Montevideo: Roca Viva.
- Perdomo, R. y Rubén, B. (2004). *Ser adolescente, ser joven (hoy)*. Montevideo: Argos.
- Rassial, J. J. (1999). *Los padres del adolescente: De la familia al vínculo social*. Barcelona: Del Serbal.
- Rotenberg, E. (2014). *Parentalidades: interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Buenos Aires: Lugar.
- Rother Hornstein, M. (2006). *Adolescencias: Trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.

- Schroeder, D. (2004). La confrontación adolescente hoy: aspectos imaginarios y simbólicos. *Revista de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y Adolescencia*, 15, 170–180.
- Seewald, F. (Octubre, 1999). Violencia: En una época de daño narcisístico. En *Jornadas de Adolescencia*. Montevideo.
- Sluzki, C. (1996). *La red social: Frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa.
- Szapiro, L. (2017). *Teoría y testimonios: Vol. 3. Desamarrados*. Buenos Aires: Grama.
- Tisseron, S. (1997). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Urribarri, R. (1990). Sobre adolescencia, duelo y a posteriori. *Revista de psicoanálisis*, 47 (4), 785-807.
- Urribarri, R. (2015). *Adolescencia y clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Varela, G. (2000). Duelos y adolescencia. En Asociación Psicoanalítica del Uruguay (Ed.), *Los duelos y sus destinos. Depresiones Hoy* (vol. 2, pp. 47-51). Montevideo: Autor.
- Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo: Trilce.
- Viñar, M. (2013). Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI: La función paterna. Declinación/transformaciones. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117, 137-160.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.